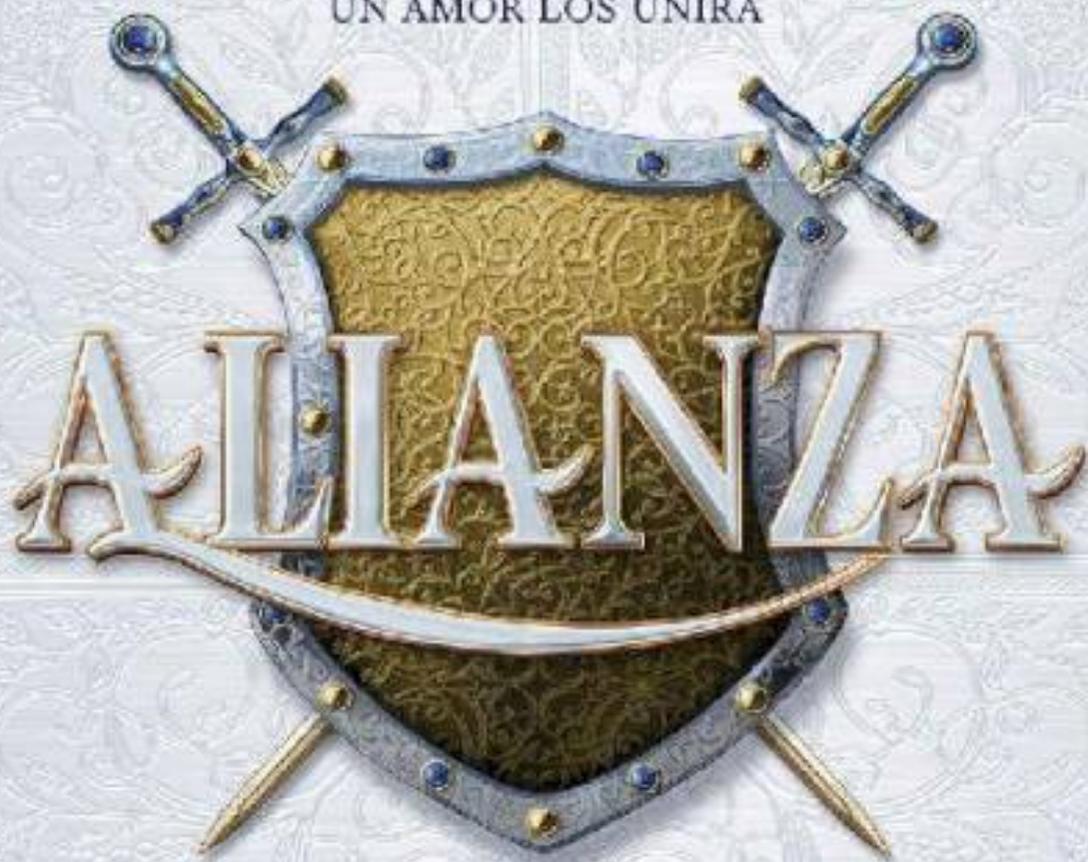


UN PODER LOS SEPARARÁ,
UN AMOR LOS UNIRÁ



Autora best seller de *The New York Times*

AMY TINTERA

GRANTRAVESÍA

AMY TINTERA



Traducción de
Laura Lecuona

GRANTRAVESÍA

UNO



Emelina Flores no era ninguna heroína.

El aire estaba cargado de humo. Oyó a alguien reír a lo lejos. Era un sonido lleno de frenético júbilo y Em supo enseguida que se trataba de Olivia, su hermana. No era necesario volverse para confirmarlo.

Las llamas envolvían los pilares blancos al frente de la residencia del gobernador. Era una casa de dos pisos, grande y alegre: lo primero que veían quienes visitaban la ciudad de Westhaven. No había ninguna razón para destruirla.

Excepto que eso complacía a Olivia.

Em miró atrás. Olivia Flores estaba a unos pasos y las llamas iluminaban su regocijado rostro. Su cabello oscuro ondeaba al viento. Junto a ella, Jacobo sonreía ante las flamas que él mismo había creado. También podía usar su magia ruina para hacer llover y extinguir las llamas, pero ésa no era la idea.

Detrás de ella había alrededor de cien ruinos apiñados: todos los que quedaban en el mundo. Hacía apenas unas semanas había más, en Ruina, y en ese entonces habían pensado que podrían regresar a sus hogares y vivir en paz. Pero Olivia nunca encontraría la paz.

Aren estaba parado al lado de Em, ambos a una distancia prudente del fuego. Él le dio un codazo en el brazo y

señaló con la cabeza algo frente a ellos. Ella siguió su mirada.

La gente de Westhaven estaba huyendo. Algunos llevaban bolsas y montaban sus caballos, pero la mayoría iba a pie y se alejaba sin llevar consigo una sola pertenencia. Cientos bajaban las calles atropelladamente, todos rumbo al este. En esa dirección estaban Ciudad Real y el castillo. Y estaba Cas: el rey Casimir.

No era la primera vez que Em y Olivia tomaban una ciudad y expulsaban a los humanos que la habitaban, pero sí, la primera vez que lo hacían en Lera.

Em volvió a mirar a Olivia. Su hermana observaba a los humanos, pero no hacía nada por detenerlos. Sus miradas se encontraron y Olivia hizo un gesto de: *¿Contenta?*

Em asintió con la cabeza. Siempre había sido buena para las mentiras.

—En esa casa hay gente —dijo Aren señalando el rostro de una mujer pegado a una ventana con la boca abierta, como si estuviera gritando. Em no podía escucharla a esa distancia.

—Olivia bloqueó las puertas.

Y Em no era ninguna heroína.

Ella había sugerido que los ruinos invadieran Westhaven, la ciudad al oeste de Ciudad Real. Estaba lo suficientemente lejos del castillo para mantener a salvo a Cas, pero no tanto como para que no pudiera llegar con él si lo necesitaba. Em había estudiado Lera al hacer su plan para robar la identidad de la princesa Mary y casarse con Cas, y conocía bien las ciudades circundantes. Tomaba sólo un día llegar a Westhaven a pie desde Ciudad Real.

—Ven —le dijo Olivia a Jacobo—, vamos a asegurarnos de que los demás edificios estén vacíos —y pasó a grandes zancadas junto a Em y Aren.

—Se acabaron los fuegos —dijo Em serenamente.

Olivia se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Qué dijiste?

—Se acabaron los fuegos. Necesitamos un lugar donde dormir.

—Lo que tú digas, hermana.

Jacobo dio media vuelta, de modo que continuó retrocediendo. Volvió a sonreír viendo el fuego.

—Ése lo apagaré en un rato, antes de que se extienda, pero no nos apresuremos.

Porque si se apresuraba, la gente que estaba dentro podría sobrevivir. Se quedó viendo a Em fijamente, como si la estuviera incitando a mencionar ese detalle.

—Está bien —respondió Em.

Él se volteó y caminó con Olivia por el sendero de tierra que serpenteaba hacia la ciudad. Delante de ellos, las ventanas de las casas y edificios brillaban contra el cielo nocturno: los habitantes habían dejado encendidos velas y faroles en su huida.

Los ruinos se fueron acercando poco a poco a Olivia y Jacobo. Mariana se mordió los labios al pasar junto a Em, evidentemente esperando que le comunicara algún plan o le diera instrucciones. Ella alguna vez había pensado que Em era tan inepta como inútil, pero ahora siempre la buscaba para que la orientara.

Em no tenía nada que decirle.

Se escuchó un grito proveniente de la casa. La mujer se había alejado de la ventana, tal vez rendida tras darse cuenta de que Olivia había amarrado con cuerdas las manijas de las ventanas más grandes para que fuera imposible abrirlas. Em esperaba que hubiera ido por una silla o algo para intentar romperla.

—Em —dijo Aren en voz baja.

—Ve con los ruinos —dijo ella, y dio un paso hacia la casa.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó él.

—No —Em nunca le pediría a Aren que la ayudara con un fuego. Los dos habían quedado atrapados en las llamas que habían destruido el castillo de Ruina, su hogar, pero

sólo él tenía cicatrices: su piel oscura estaba cubierta desde la cintura hasta el cuello. Las cicatrices que ella había adquirido en el incendio del castillo de Olso eran mucho menos serias: sólo cubrían su brazo izquierdo y una parte de su torso.

Mientras caminaba hacia la casa, Em volteó a ver a Aren. No había obedecido su orden de ir con los otros ruinos: estaba paralizado en su lugar, mirándola. Quizá tenía curiosidad de saber si ella en verdad iba a salvar a esa gente.

A ella misma le daba curiosidad.

Del lado oeste de la casa había una puerta con una caja pesada enfrente. La empujó hacia un lado y metió la mano en el abrigo. Alejó el rostro mientras agarraba la manija con la mano cubierta por el abrigo y abría la puerta de par en par. Enseguida retrocedió. Por la puerta salió una gran cantidad de humo.

—¿Hola? —dijo apenas con un murmullo. Carraspeó. Un vistazo de la zona le confirmó que no había nadie más que Aren cerca—. ¡Hola! ¿Hay alguien ahí? —volvió a llamar, esta vez más fuerte.

Apareció entre el humo una figura: una mujer con la boca cubierta con una tela blanca. Salió de la casa como rayo, tosiendo. Un niño pequeño la seguía, también con la boca cubierta con algún trapo.

La mujer se desplomó sobre Em, era un desastre de histeria y lágrimas. Em se tambaleó hacia atrás y las manos de la mujer no encontraron más que aire. Ella cayó de rodillas, luego se giró y tomó a su hijo, que tenía las mejillas mojas por las lágrimas.

—¿Estás bien? —prácticamente le gritó al niño. Él tosió y asintió con la cabeza. Ella lo estrujó contra su pecho y volteó a ver a Em—: Gracias... muchas... gracias —sus sollozos no la dejaban hablar.

Em pasó el dedo por la O de su collar, el collar de su hermana, pero rápidamente lo soltó al darse cuenta de que a ella no le gustaría lo que estaba haciendo.

—Tienen que irse —dijo—. ¡Ahora!

La mujer se paró sobre sus piernas temblorosas y cargó a su hijo. Tenía las mejillas manchadas de hollín y pestañeó, viendo a Em con ojos llorosos. Era evidente que estaba tratando de reconocer quién era.

—Emelina Flores —dijo Em.

La mujer tomó aire. Todo Lera sabía quién era Em: la muchacha que había matado a la princesa de Vallos y se había hecho pasar por ella para casarse con el príncipe; la joven que se había aliado con el reino de Olso para atacar Ciudad Real e invadir Lera.

—Usted vino con el rey Casimir para recuperar Ciudad Real —dijo la mujer.

Em arqueó las cejas. También había hecho eso, apenas dos días antes. Las noticias volaban.

—Vaya a Ciudad Real —dijo Em—. Pida audiencia con el rey. Se la darán si les dice que tiene un mensaje sobre mí.

La mujer asintió con la cabeza y se enjugó las lágrimas. Enderezó los hombros, como si le alegrara que se le encomendara una tarea.

—Dígale a Cas... al rey Casimir que estamos aquí.

—Le diré que usted me salvó —asintió la mujer con más entusiasmo del necesario.

Em no iba a pedir eso, y se sintió tan avergonzada como orgullosa al imaginar a la mujer comunicándole eso a Cas.

Tomarás la decisión correcta.

Ésas habían sido las palabras de Cas apenas un día antes, la última vez que lo vio. Estaba tan seguro de que Em lo escogería a él, que no permitiría que su hermana acabara con todo. Casi deseó poder ver su cara cuando descubriera que había tenido razón.

Tal vez se mostraría petulante y nada sorprendido.

—Dígale que encontraré el modo de hacerle llegar un mensaje, tarde o temprano —dijo Em.

—Yo puedo dárselo —dijo la mujer con avidez.

—No tengo un plan. Mejor no le diga esa parte... o sí. No sé.

La mujer entrecerró los ojos, mientras una parte de su confianza se esfumaba de su expresión. Em sabía cómo se sentía eso. Les había mentado a Olivia, a Aren, a todos, cuando dijo que tenía un plan. En realidad, no tenía idea de lo que harían a continuación.

—Sólo dígame que por ahora está a salvo, pero necesito tiempo para resolver el siguiente paso.

La mujer pareció tranquilizarse.

—Lo haré.

—Vaya —pidió Em señalando al este.

La mujer dio un paso adelante, de nuevo con lágrimas en los ojos, mientras cerraba sus dedos alrededor del brazo de Em.

—Se lo agradezco mucho. Les diré a todos que usted me salvó.

Se dio media vuelta y corrió. Em dejó escapar una risita de incredulidad.

Emelina Flores, la chica que había matado a la princesa, la que había destruido Lera y cabalgado con su rey para volver a levantarla.

Emelina Flores, la heroína.

Nadie lo creería.

DOS



—Los ruinos no tienen *cuernos* —Cas trataba de no sonar exasperado, pero no podía disimularlo del todo.

El hombre frente a él lo miró con mucha suspicacia.

—He visto algunos cuadros —dijo.

—El artista se tomó algunas libertades —Cas se removió en el trono.

El Gran Salón estaba lleno de ciudadanos de Lera formados en filas para hablar con él. En ocasiones, esa habitación se había llenado de mesas para cenar o había albergado músicos, contra la pared del fondo, para que la gente bailara. Ese día, sin embargo, estaba vacía, sin mesas, tan sólo con una alfombra azul que iba del centro de la habitación a los pies de Cas. Los guardias estaban a sus costados y se mezclaban con la gente en busca de armas ocultas en las canastas.

Él había insistido en que se destinaran unos días para que la gente de Lera le planteara sus dudas sobre los ruinos y los guardias estaban haciendo todo lo que podían para mantenerlo a salvo en el proceso. Cas pensaba que la cantidad de guardias en el salón era excesiva, pero dado que recientemente había sobrevivido a un apuñalamiento, a un disparo de flecha y a un envenenamiento, quizá no eran tantos a fin de cuentas.

Al cabo de dos horas ya estaba preguntándose si en verdad había sido un buen plan. La mayoría de la gente de Lera nunca había visto a un ruino y los rumores no los describían nada bien. Una alianza con los ruinos parecía poco realista, en el mejor de los casos.

—¿Está seguro? —preguntó el viejo, que seguía escéptico con respecto a los cuernos. Su rostro estaba descompuesto, como si se hubiera visto obligado a replantearse de pronto todas sus ideas... o como si pensara que Cas estaba loco. Esto último era más probable.

—Completamente seguro. Conozco a muchos ruinos.

Eso es algo que el hombre debía saber: todo mundo sabía que Cas se había casado con Emelina Flores, que Olivia había matado a su madre y que él había pasado un tiempo con los ruinos en Vallos después de que su propia prima lo envenenó. Como fuera, no se veía muy convencido.

—Gracias por venir —dijo Cas. El hombre abrió la boca para decir algo más, pero dos guardias se abalanzaron sobre él y le mostraron la salida.

Los guardias que lo rodeaban eran mucho más acartonados y serios que Galo, el mejor amigo de Cas y capitán de su guardia. Pero él le había pedido unos días libres para viajar al norte y ver cómo estaba su familia, y Cas había accedido.

—¿No quieres un descanso? —preguntó Violet. Parada a su lado, saludaba a la gente que llegaba y se presentaba como gobernadora de la provincia del sur. Con su hermoso rostro y su sonrisa tranquila, ella relajaba a la gente.

—No, lo mejor será que continuemos. Por lo menos quiero terminar con todos los que ya están en el salón.

Violet asintió e hizo señas a los guardias para que dejaran pasar a la siguiente mujer, quien se acercó inclinando la cabeza, con el cabello claro cayendo sobre sus hombros.

—¿Es cierto que los ruinos te pueden matar con la mirada? —preguntó mientras se erguía.

—Sí, es cierto —dijo Cas—. Algunos pueden. Pero creo que es más importante el hecho de que deciden no hacerlo, ¿no le parece?

Y así siguió por una hora: la gente planteaba preguntas y Cas hacía su mejor esfuerzo por responderlas. Algunas personas eran abiertamente hostiles, como la mujer que gritó que el padre, el abuelo y el bisabuelo de Cas se avergonzarían de que su descendiente defendiera a los ruinos. Tomando en cuenta que el padre de Cas estaba muerto como consecuencia directa de sus políticas hacia los ruinos, no supo cómo reaccionar.

Pasaba mucho tiempo empeñado en no pensar en su madre y su padre muertos. Desde que había regresado al castillo, había tenido tiempo para tomarse las cosas con más calma y pensar detenidamente en lo que les pasó. De vez en cuando se sentía abrumado por el dolor, y luego por la culpa, por extrañar a gente que había asesinado a tantos. Lo mejor era no pensar en ellos.

Por suerte, la mayoría de los leranos que habían ido a hablar con él eran lo bastante amables para no sacar a colación a los difuntos reyes. Pocos apoyaban sus ideas sobre los ruinos, pero algunos tenían curiosidad y eso le daba esperanzas. Los ruinos y los leranos no serían los mejores amigos en un futuro cercano, pero quizá podrían estar en la misma habitación sin matarse.

—Hay una persona más —dijo Violet cuando Cas finalmente se levantó del trono—, pero a ésta creo que debes atenderla en privado.

El guardia los condujo hacia fuera. El Gran Salón estaba en el segundo piso del castillo, que no había sufrido daños con la invasión de Olso unas semanas atrás. El primer piso tenía las paredes ennegrecidas y algunos cuartos totalmente destruidos. El segundo piso, en cambio, seguía siendo brillante y alegre, con las paredes pintadas de rojo, verde, azul y morado: un color distinto cada vez que se doblaba la esquina.

El despacho de Cas también estaba en el segundo piso. Técnicamente, había sido de su padre, pero casi nunca se había usado. El difunto rey prefería tener las reuniones en su biblioteca privada, donde había sillones cómodos y vista al mar. A Cas le gustaba la pequeña oficina, escondida en el rincón oeste del castillo.

Una mujer joven esperaba frente a la puerta del despacho con cuatro guardias. Su ropa estaba manchada de tierra u hollín, pero su rostro brillaba como si acabara de limpiárselo. Había un pequeño niño a su lado.

—Su majestad —dijo inclinando la cabeza—, gracias por recibirme.

—Nada que agradecer. Pase, por favor —Cas abrió la puerta y entró majestuosamente. A su izquierda había un gran escritorio de madera con estantes de libros desplegados en la pared detrás de él. Al frente había una ventana alta con vista a la entrada oeste del castillo, con cuatro sillas y una pequeña mesa redonda. Como de costumbre, en la mesa había una jarra de agua y una tetera junto con algunos panes y pastelillos. Se volvían a llenar varias veces al día, aunque Cas nunca veía al empleado hacerlo.

Les hizo a la mujer y al niño una señal para que se sentaran. El niño se lanzó de inmediato hacia la mesa a mirar los pastelillos.

—Come los que quieras —dijo Cas. La mujer le dio permiso con un gesto de la cabeza. Los ojos del pequeño brillaron, tomó una tarta y se desplomó en una de las sillas.

Mientras Cas se sentaba, la mujer le extendió una lata.

—Es pan de queso. Sé que es su favorito.

—Gracias —dijo él con una sonrisa, a pesar de que iba a ser necesario tirar ese pan. Tenía prohibido comer cualquier cosa que no se hubiera preparado bajo la estricta supervisión de un guardia, o fuera preparado por el propio Cas, algo que siempre hacía reír al personal de la cocina.

El guardia le quitó el recipiente. Tres guardias los habían seguido al despacho; uno de ellos estaba casi encima de

él.

—¿En qué le puedo ayudar? —le preguntó Cas a la mujer.

—Le traigo un mensaje de Emelina Flores.

Cas levantó las cejas.

—Violet —dijo en voz baja.

—Por favor, esperen afuera —les dijo ella a los guardias.

—Su majestad —empezó a decir el guardia que revoloteaba a su alrededor.

—Los llamaré si los necesito —dijo Cas con firmeza.

Era evidente que el guardia quería argumentar, pero salió con presteza y se llevó consigo a sus dos compañeros. Violet vio a Cas de manera inquisitiva y él con un gesto le dio a entender que se quedara. Ella cerró la puerta y atravesó el cuarto para acompañarlos.

Cas se volvió hacia la mujer.

—¿Dónde vio a Emelina Flores?

—En Westhaven. Yo trabajo... trabajaba en la casa del gobernador. Los ruinos invadieron la ciudad.

Cas ya lo sabía. Había enviado soldados para que siguieran a los ruinos y apenas el día anterior le habían informado sobre sus movimientos.

—Emelina dijo que por el momento usted se encuentra a salvo, pero necesita un tiempo para decidir el siguiente paso. Más adelante le hará llegar otro mensaje.

Cas esbozó una sonrisa. Ya había deducido eso, pero era lindo escucharlo.

—Ella me salvó —dijo la mujer y, señalando a su hijo, agregó—: A los dos. Los ruinos prendieron fuego a la casa y nos quedamos atrapados dentro, pero ella nos salvó.

—No me sorprende —dijo Cas—. Ella no es quien la gente dice.

La mujer asintió con la cabeza, entusiasta.

—No, no lo es. Se lo he estado diciendo a la gente.

—Muy bien, siga haciéndolo —y después de una pausa y de tronarse un nudillo, añadió—: Y... ¿cómo está ella?

¿Se veía bien?

—Se veía bien. Es más alta de lo que imaginaba.

—Sí —dijo Cas riendo.

—No creo que los otros ruinos supieran lo que estaba haciendo cuando me salvó. Esperó a que se hubieran ido.

Él asintió. Olivia por ningún motivo debía saber que Em había rescatado a esta mujer. Tal vez ella misma había incendiado la casa.

—¿Tiene en dónde quedarse?

La mujer negó con la cabeza y con gesto de preocupación volteó a ver al pequeño, que seguía comiendo su tarta alegremente.

—Hemos instalado albergues —se volvió hacia Violet y preguntó—: ¿Le pides a alguien que los lleve a la cocina a comer algo y luego al albergue?

—Por supuesto, su majestad —respondió Violet.

—Gracias por traerme el mensaje —le dijo Cas a la mujer.

Violet abrió la puerta para transmitirles las instrucciones a los guardias.

La mujer hizo una nueva reverencia a Cas al salir. El niño iba tras ella, con los ojos redondos como platos mirándolo fijamente. Ahora tenía la boca manchada de cereza.

Violet cerró la puerta. Cas atravesó el despacho a grandes zancadas y se dejó caer en el sillón de su escritorio.

—¿Cuánto falta para mi siguiente reunión? Y a propósito, ¿qué trataremos en ella? ¿Ya tienen una lista de candidatos a secretario? Tú no tendrías que estar al tanto de todo esto.

Violet caminó hacia el escritorio y se sentó en una de las sillas frente a él. Había sido indispensable en la fortaleza y había demostrado ser una alianza aún más poderosa cuando trabajaron para asegurar el poder de Cas como rey.

—Sí, tienen un par de candidatos; pronto te reunirás con ellos. Y tu siguiente junta es dentro de media hora con los nuevos gobernadores y conmigo. Encontraron a Jovita.

Cas de inmediato levantó la mirada.

—¿La encontraron? ¿Dónde?

—Acabamos de recibir las noticias. Algunos soldados están siguiéndola discretamente, como pediste, pero ha reunido un ejército de cazadores y exsoldados que te traicionaron. Es una tropa pequeña, pero más grande que cuando se fue de Lera, hace apenas algunos días.

—¿Y crees que este ejército... me va a atacar?

—A ti y a los ruinos. Tal vez no en ese orden. Se dirige al oeste, cosa que nos preocupa.

—¿Por qué?

—Porque al oeste no hay nada más que selva... hasta llegar a Olso.

Cas aspiró bruscamente.

—Crees que hará un trato con August.

—No podemos estar seguros. Podría simplemente estar planeando esconderse en la selva por un tiempo, pero nuestro mensajero dice que hasta ahora no ha mostrado ningún indicio de que vayan a detenerse.

La rabia hervía en sus venas con más intensidad de la que esperaba. Jovita ya había perdido una vez frente a los ruinos. Había enviado a cientos de soldados de Lera a Ruina para que los masacraran. También había perdido frente a Cas, cuando la mayoría de los leranos se alinearon con él. Pero ella se negaba a aceptar la derrota, incluso cuando Lera estaba bajo amenaza de un ataque de Olivia.

—¿Los soldados que la están siguiendo podrían matarla? —preguntó Cas. Las palabras brotaron de su boca tan de repente que casi se sorprendió de oírlas.

También Violet parecía sorprendida.

—Estoy segura de que podrían hacerlo si das la orden antes de que llegue a la frontera de Olso.

Él mismo debería haberla matado cuando había tenido la oportunidad. Le dijo a Em que lo haría, pero luego vaciló, hasta que fue demasiado tarde. Se habría ahorrado muchas molestias si se hubiera deshecho de ella.